



CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch

Noviembre — Diciembre 2025

Índice n° 6/2025

2	El ABC del cristiano	<i>W. Gschwind</i>
5	David, el pastor	<i>M. Vogelsang</i>
7	Mas ¿dónde está el cordero?	<i>G. Setzer</i>
9	Vestirse: el armario cristiano	<i>E.A. Bremicker</i>
13	Cuando Dios elige	<i>B. Durst</i>

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

El ABC del cristiano

(Viene de la página 7 del n° 5/2025)

¿Qué podemos aprender de las ovejas?

La imagen del pastor y su rebaño se repite varias veces en la Biblia, por ejemplo, en el Salmo 23, Ezequiel 34 y Juan 10. El Espíritu Santo lo aplica a la relación entre Dios y su pueblo terrenal o, en el Nuevo Testamento, entre el Señor Jesús y los suyos, los que creen en él.

Nos limitaremos a ver lo que podemos aprender de las ovejas.

Para muchas personas, este animal incapaz de valerse por sí mismo es un símbolo de estupidez. Pero con la imagen de la oveja, la Palabra llama nuestra atención sobre el comportamiento inteligente de ella, y nos la da como ejemplo, en muchos aspectos, para que podamos imitarla.

La oveja se deja encontrar

Sin un guía, la oveja está perdida. No conoce el camino y se extravía. En el desierto no encuentra comida ni agua. No sabe enfrentarse a los peligros y no puede defenderse de los animales salvajes.

Aunque es raro, ocurre que una oveja se salga del rebaño y

se aleje. Entonces, el pastor va a buscarla.

¿Cómo se comportará cuando el pastor que la busca se acerque a ella? ¿Huye o se esconde? No, ¡**ella se deja encontrar!**

Así es como empezó la vida de cada uno de nosotros. Para los seres humanos, no es una excepción: “**Todos** nosotros nos descarriamos como ovejas, **cada cual** se apartó por su camino” (Isaías 53:6), un camino que se aleja de Dios y conduce a la perdición.

¿Pero qué pasó? “El buen pastor” bajó del cielo. Puso su propia vida por las ovejas (Juan 10:11, 15, 17-18). Con ello expió los pecados de todos los que creen en él; asumió su castigo y destruyó al enemigo. ¿Podría haber dado mayor prueba de su amor?

Pero eso no es todo. Va tras la oveja perdida, “hasta encontrarla”... “Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso” y la lleva “a casa” (Lucas 15:4-6).

¿Quién está actuando sin inteligencia? ¿Es la oveja que se deja llevar de vuelta al rebaño, o los muchos pecadores perdidos que huyen del amor del Buen Pastor que los busca?

La oveja confía en su pastor

El pastor lleva a la oveja encontrada de vuelta a su rebaño. Este es su lugar, que no suele abandonar

porque confía en el pastor y sigue sus órdenes.

Nosotros que pertenecemos al rebaño del Buen Pastor, ¿confiamos toda nuestra existencia a su guía diaria e ininterrumpida? Ah, esta confianza es un elemento de suma importancia en la vida del cristiano. Se manifestará como nuestra sumisión en todas las cosas a Su voluntad, incluso cuando vaya en contra de nuestros propios deseos y propósitos.

Aprendemos a confiar plenamente en la medida en que renunciamos a toda esperanza en nosotros mismos: en nuestro corazón, sabiduría, prudencia y en nuestra fuerza (Proverbios 28:26; 3:5).

¿Cómo se expresa esta confianza de la oveja en su pastor?

La oveja descansa en los pastos donde el pastor la conduce

El rebaño apacienta en las proximidades del pastor. Él sabe dónde encontrar agua fresca y pastos verdes. La oveja confía en él y le sigue. Si va más lejos, lo sigue también.

Cuando se trata de “pastos” y “aguas”, ¿no tenemos muchas más razones para confiar en nuestro “Buen Pastor”? Él dice: “**Yo** soy el pan de vida; el que a **mí** viene nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás”. Y también: “Si alguno tiene sed, venga a

mí y beba” (Juan 6:35; 7:37). Esto implica claramente hacia dónde debemos buscar “delicados pastos” y “aguas de reposo” (Salmo 23:2): solo se encuentran en Él y cerca de Él. También, el Espíritu Santo nunca deja de guiarnos hacia él.

¿Busca nuestro corazón, lleno de confianza, la cercanía del Buen Pastor? ¿Lo considera capaz de llevarnos a los mejores pastos? ¿O buscamos otros? El mundo tiene muchos de ellos, ¡aunque solo sea a través de la lectura!...

Nuestra felicidad o infelicidad depende de como respondamos. Si el salmista puede declarar absolutamente: “**Nada** me faltará”, es porque se deja alimentar y guiar por el Buen Pastor. Las bendiciones del Salmo 23, un salmo lleno de los maravillosos caminos del Pastor divino, están reservadas para aquellos que buscan constantemente Su cercanía.

La oveja sigue los caminos del pastor

¿Qué imagen tan hermosa y conmovedora la de un rebaño de ovejas siguiendo a su pastor! Toda su sabiduría consiste en seguirlo. ¿No es esto lo más razonable? Porque el pastor es muy superior a ellas en inteligencia, entendimiento y experiencia. Él conoce el camino y todos sus peligros, y solo él puede conducirlos a un lugar de descanso. La protección y la seguridad solo

se encuentran en su presencia. Él es el responsable de todo.

¿No hay una diferencia aún mayor entre la sabiduría del Buen Pastor y nuestro propio discernimiento? ¡Cuánta más razón hay para seguirle, permaneciendo constantemente en su dependencia! Entonces nos encontraremos bajo su protección, y disfrutaremos de la paz y el gozo de su comunión. De esta manera nuestro caminar será agradable a Dios. Pero cuando seguimos nuestra propia sabiduría y voluntad, todo va mal. ¡Lo hemos experimentado muy a menudo!

Nuestro pastor nos guía por sendas de justicia “por amor de su nombre” (Salmo 23:3). El nombre de Jesús nos recuerda que él, como hombre, caminó aquí en la tierra en perfecta dependencia de su Padre. Solo hacía lo que le agradaba. Guardó los mandamientos de su Padre y así permaneció en su amor. Esta era la fuente de su gozo (Juan 8:29; 15:10-11). “Por amor de su nombre” nos guía ahora por las mismas sendas, para que su gozo esté también en nosotros. Hemos sido elegidos para andar en la misma obediencia que Jesucristo (1 Pedro 1:2, versión francesa J.N.D.).

La oveja conoce la voz del pastor y le sigue

La seguridad de la oveja es que puede reconocer el sonido de la voz

su pastor. Los extraños han intentado llamar a las ovejas con mala intención, pero las ovejas no conocen su voz y huyen de ellos.

Ah, cuántas son las voces de los “extraños” (Juan 10:5) en el mundo. Quieren alejar a los creyentes del Buen Pastor y de sus pastos. Detrás de estas voces está el “ladrón” que “no viene sino para hurtar y matar y destruir” (v. 10).

Que también nosotros seamos como las ovejas en esto, y mantengamos nuestros corazones y oídos dirigidos **simple** y **únicamente** al Señor, para que podamos reconocer siempre su voz, a pesar de la confusión de las voces de este mundo. “Va delante de” nosotros (v. 4); podemos verlo por la fe y seguir su ejemplo. Pero también habla a nuestros corazones a través de su Palabra y su Espíritu; podemos escucharle.

¡Qué pastor tan perfecto y único tenemos en este mundo! Él nos cuida con una fidelidad maravillosa. Si le seguimos todo el tiempo como verdaderas ovejas, también experimentaremos esta frase: “**Nada** me faltará” (Salmo 23:1).

W. Gschwind

David, el pastor

Al final de su vida, David se describe a sí mismo como “el dulce cantor de Israel” (2 Samuel 23:1).

El Salmo 23 es uno de los más conocidos de sus salmos. Cuando dice: “Jehová es mi pastor”, sabe de lo que habla, porque había sido pastor desde su juventud. Cuando Samuel fue a la casa de Isaí para ungir a uno de sus hijos como rey, David, el más joven, no estaba allí. No era bien considerado en su propia familia. ¿Dónde estaba? ¿Qué dijo Isaí? “Apacienta las ovejas” (1 Samuel 16:11). Allí, David aprendió a alimentar a las ovejas; una lección útil para el futuro. El Señor lo usó con creces para alimentar al pueblo de Dios, ya sea el pueblo terrenal de su tiempo o los creyentes de todas las épocas. Los salmos de David, en particular, han proporcionado alimento espiritual, consuelo y fortaleza a muchas generaciones de creyentes.

La fuerza del pastor

No solo David era el olvidado en su familia, sino que el rey Saúl también lo consideró incapaz de luchar contra Goliat. Le dijo: “No podrás tú ir contra aquel filisteo, para pelear con él; porque tú eres muchacho, y él un hombre de guerra desde su juventud” (1 Samuel 17:33). Goliat era un

hombre de guerra. ¿Y David? Había sido pastor desde su juventud. Saúl pensaba que no estaba preparado para enfrentar a Goliat. ¿Pero qué le dijo David? “Tu siervo era pastor de las ovejas de su padre; y cuando venía un león, o un oso, y tomaba algún cordero de la manada, salía yo tras él, y lo hería, y lo libraba de su boca; y si se levantaba contra mí, yo le echaba mano de la quijada, y lo hería y lo mataba. Fuese león, fuese oso, tu siervo lo mataba; y este filisteo incircunciso será como uno de ellos, porque ha provocado al ejército del Dios viviente” (v. 34-36). David no solo aprendió a alimentar a las ovejas, sino también a protegerlas de sus enemigos. Confió en Dios para luchar contra el león y el oso e hizo lo mismo para enfrentar a Goliat. Proteger al rebaño fue apropiado para formar a David, el pastor, para proteger al pueblo de Israel cuando se convirtió en rey. Fue un hombre de guerra toda su vida, “uno que es poderoso” (Salmo 89:19), y en la mayoría de sus combates, confió en Dios que lo había ayudado anteriormente.

El corazón del pastor

Este carácter de pastor estaba tan fuertemente impreso en su ser interior que David mostró un corazón no solo hacia las ovejas, sino también hacia las personas. En la

cueva de Adulam, “se juntaron con él todos los afligidos, y todo el que estaba endeudado, y todos los que se hallaban en amargura de espíritu” (1 Samuel 22:2). Y cuando Abiatar, el sacerdote, se refugió con él, le dijo: “Quédate conmigo, no temas; quien buscare mi vida, buscará también la tuya; pues conmigo estarás a salvo” (v. 23).

Cuando se convirtió en rey sobre Israel, su pueblo, asumió toda la responsabilidad de un pastor hacia su rebaño. En el asunto del censo, su pecado trajo el juicio de Dios sobre Israel, y David, profundamente sensible al sufrimiento de su pueblo, dijo a Dios: “Yo pequé, yo hice la maldad; ¿qué hicieron estas ovejas? Te ruego que tu mano se vuelva contra mí, y contra la casa de mi padre” (2 Samuel 24:17). A lo largo de su historia, Israel a menudo ha sufrido debido a las faltas de sus malos pastores (Ezequiel 34), ¡pero no fue así con David! Él asumió personalmente toda la responsabilidad.

El trabajo del pastor

En el Nuevo Testamento, el pueblo de Dios también es considerado un rebaño en el cual algunos son llamados a un servicio de pastor: aquellos quienes reciben un don de pastor y también los ancianos, que son exhortados a cuidar de la grey (1 Pedro 5:2). Tienen mucho

que aprender de David, quien fue un buen pastor.

El trabajo del pastor tiene varios aspectos:

1) Alimentar a las ovejas: “Vuestros conductores, que os anunciaron la palabra de Dios” (Hebreos 13:7, versión francesa J.N.D.).

2) Proteger al rebaño: “Mirad por vosotros, y por todo el rebaño” (Hechos 20:28).

3) Realizar estos dos servicios con el sentimiento de su responsabilidad ante Dios: “Ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta” (Hebreos 13:17).

Se pueden discernir algunos rasgos adicionales en el pasaje del salmo 78 donde Asaf habla de David: “Elegió a David su siervo, y lo tomó de las majadas de las ovejas; de tras las paridas lo trajo, para que apacentase a Jacob su pueblo, y a Israel su heredad. Y los apacentó conforme a la integridad de su corazón, los pastoreó con la pericia de sus manos” (v. 70-72).

1) “Elegió a David”. El Señor elige a los pastores; no son consagrados por hombres;

2) “David su siervo”. Los pastores son siervos de Dios. Hoy en día, se habla fácilmente de líderes, pero Dios los honra con el título de siervos;

3) “y lo tomó de las majadas de las ovejas”. Dios tomó a David de allí donde estaba. No olvidemos

de dónde venimos, en donde el Señor nos encontró;

4) “de tras las paridas lo trajo”. David conocía las necesidades particulares entre sus ovejas;

5) “para que apacentase a Jacob su pueblo, y a Israel su heredad”. ¡Nunca olvidemos que las ovejas son del Señor, no nuestras! “Apacienta **mis** corderos... Pastorea **mis** ovejas... Apacienta **mis** ovejas” (Juan 21:15-17);

6) “y los apacentó conforme a la integridad de su corazón”. La integridad de corazón debe caracterizar en primer lugar la condición moral de los pastores;

7) “los pastoreó con la pericia de sus manos”. Este servicio requiere una aptitud particular. El Señor da a cada uno conforme a su capacidad (Mateo 25:15).

La actitud del pastor

A lo largo de su carrera, un pastor recibe su formación y dirección del Señor Jesús, el buen y gran Pastor, el Príncipe de los pastores (Juan 10:11; Hebreos 13:20; 1 Pedro 5:4). Es en el Señor en quien debe fijar su atención para llevar Sus características y servir en pos de Él.

M. Vogelsang

Mas ¿dónde está el cordero?

Dios pidió a Abraham ofrecer en holocausto a su hijo amado, Isaac, sobre uno de los montes de Moriah (Génesis 22:2). Abraham no dudó en cumplir esta difícil misión (v. 3). Al tercer día de viaje, ve el monte que Dios eligió, deja atrás los siervos y el asno, y sigue solo con su hijo la última etapa del camino (v. 4-5). Isaac lleva la leña y Abraham el fuego y el cuchillo (v. 6).

Por fin Isaac rompe el solemne silencio y pregunta a su padre Abraham: “He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto?” (v. 7). Abraham da una respuesta profética, llena de fe: “Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío” (v. 8). Y su fe no fue decepcionada: Dios mostró a Abraham un animal para el sacrificio después de haber edificado un altar y atado a su hijo sobre la leña. Abraham ofrece al animal indicado por Dios en lugar de su hijo, y llama el lugar: “Jehová proveerá” (en hebreo «Jehová-jireh»).

La pregunta de Isaac sobre el holocausto preocupó a todos sus descendientes a través de los siglos. Porque aunque los israelitas ofrecieron numerosos sacrificios,

esta pregunta quedaba en suspenso: ¿Dónde está el sacrificio que puede satisfacer a Dios, que responde a sus exigencias? La respuesta de la fe no podía ser otra que: “Dios se proveerá de cordero para el holocausto”.

El Nuevo Testamento nos enseña que Dios ya había destinado este Cordero desde antes de la fundación del mundo, y en el tiempo conveniente fue manifestado en la persona de Cristo (1 Pedro 1:19-20). Cuando un día vio Juan el Bautista a Jesús que venía a él, expresó estas palabras admirables: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Y al siguiente día exclama admirado: “He aquí el Cordero de Dios” (v. 36). La pregunta que Isaac había hecho hacía tanto tiempo sobre el holocausto, y las palabras proféticas de Abraham, encuentran en el Señor Jesús su cumplimiento perfecto: Él es el Cordero del que Dios se proveyó.

“Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado (en griego: ya conocido de ante mano) desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros

tiempos por amor de vosotros” (1 Pedro 1:18-20).

En el Gólgota, verdadero Jehová-jireh, el Cordero sin mancha y sin contaminación murió para responder a nuestra culpabilidad. Hemos sido rescatados con la sangre preciosa de Cristo y llevados a Dios. Por esto, ya hoy, nos gozamos en dar gloria a Dios y al Cordero ¡esperando poder hacerlo con perfección en el cielo!

“Digno eres... porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación... El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza... Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 5:9, 12-13).

G. Setzer

Vestirse: el armario cristiano

El trato con los demás:
Breves reflexiones sobre
Colosenses 3:12-17

Hay muchos pasajes en la Escritura que hablan de la forma en que debemos comportarnos los unos con los otros. ¿Cómo veo a mis hermanos y hermanas? ¿Cómo los trato? Pablo anima a los creyentes de Colosas a vestirse de un modo determinado. Es como la descripción de un guardarropa que contiene diferentes prendas que debemos vestir en el trato con los demás. Consideremos brevemente y apliquemos lo que Pablo tiene que decir al respecto: *“Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto”*.

Quiénes somos

Pablo empieza por decirnos quiénes somos. Antes de considerar nuestro trato con los demás, siempre

es bueno considerar quiénes somos nosotros, quiénes son los demás y cómo Dios nos ha tratado y trata con todos. Pablo menciona tres cosas, que constituyen el contexto de las siguientes exhortaciones:

Somos escogidos de Dios. La elección cristiana es un asunto personal. Dios no ha escogido a la Iglesia, sino a los creyentes, uno a uno. Nuestra elección se origina en la eternidad y tiene que ver con la eternidad (Efesios 1:4-5). El hecho de que Dios nos haya escogido muestra claramente que somos de **gran estima** a sus ojos. Deberíamos tratarnos unos a otros bajo esa luz, y no olvidar que nosotros —y nuestros hermanos y hermanas— le somos de **gran valor**.

Somos santos. La santidad tiene que ver con nuestra posición ante Dios y nuestra vida práctica. **Somos santos** y debemos **vivir** santamente. Este versículo trata de nuestra posición. A los ojos de Dios somos santos. Esto se aplica tanto a mí como a todos los que han nacido de Dios. Somos seres apartados y le pertenecemos a él. La santidad tiene que ver con la **propiedad**. Al tratar con los demás no debemos olvidar a quién pertenecemos todos nosotros.

Somos amados. Dios no solamente nos amó en el pasado; sigue amándonos. Somos objetos de su tierno **cuidado** y **afecto**. No debemos olvidarlo en nuestro trato con los demás. Dios me ama, y yo debo

amar a mis hermanos y hermanas desde esa perspectiva, tal y como él me ha amado. Ese amor determinará mis actitudes y mi comportamiento hacia ellos.

Vestirse

La exhortación aquí es ponerse algo. Tres breves observaciones al respecto:

— En primer lugar, lo que me he puesto debe verse. Mis actitudes hacia mis hermanos y hermanas provienen del corazón (el hombre interior), pero al mismo tiempo deben verse en la práctica, en la forma en que los trato.

— En segundo lugar, vestirse no es algo que hagamos una sola vez. Es un proceso continuo y un reto diario. Debemos caracterizarnos siempre por ponernos las diferentes prendas de este maravilloso armario cristiano.

— En tercer lugar, no se trata de elegir solo las prendas que nos gusten y nunca ponernos las demás. Debemos tomar de todo el armario. Podemos compararlo con la armadura cristiana (Efesios 6:10-20). Todas sus partes son necesarias. No podemos dejar que nos falte ninguna de las siguientes prendas.

Entrañable misericordia

La misericordia es compasión, y debe salir de lo más profundo

del corazón. Si alguien está pasando por circunstancias difíciles —problemas o angustias de un tipo u otro— debemos compadecernos de él. De este modo, nos vestimos de misericordia así como con una prenda. El ejemplo perfecto es nuestro Señor Jesús. Cuando estuvo en la tierra, “tuvo compasión” (Mateo 9:36). Esto es exactamente lo que Pablo nos presenta en el texto. Nuestro hombre interior (nuestro corazón) debe conmoverse si vemos que un hermano o hermana está sufriendo. No podemos ser indiferentes a su necesidad, sino que debemos sentir misericordia y expresarla de forma práctica y sincera.

Benignidad

Ser benigno significa ser amable y mostrar bondad hacia los demás. Fue la “bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres” (Tito 3:4) que se manifestó en la persona de Jesucristo. Fue la bondad (o benignidad, es la misma palabra) de Dios la que nos llevó una vez al arrepentimiento (Romanos 2:4). Como “imitadores de Dios” (Efesios 5:1) debemos tener la misma actitud con nuestros hermanos y hermanas. No importa si están necesitados o no, debemos tratarlos bondadosamente, buscando lo mejor para ellos.

Humildad

Este fue uno de los rasgos claves del carácter de nuestro Señor Jesús cuando estuvo aquí en la tierra. Su intención no fue mirar por lo suyo propio, sino por lo de los otros (Filipenses 2:4-5). Esta es la mejor definición de humildad. Ello no significa pensar en forma negativa ni despectiva de nosotros mismos. Más bien, es no pensar en absoluto en nosotros mismos. Nunca podremos lograrlo por nuestro propio esfuerzo. Por eso el Señor dijo: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mateo 11:29). Este rasgo de carácter solo puede desarrollarse en nosotros si ponemos los ojos en Él.

Mansedumbre

Esto solo también puede aprenderse fijando nuestra mirada en el Señor. Ser manso significa reaccionar suavemente si estamos siendo atacados por otros. Una persona mansa no es débil, sino alguien que reacciona con prudencia y gentileza. Cuando a nuestro Señor “le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba” (1 Pedro 2:23). El ejemplo de Moisés, que “era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra” (Números 12:3), deja claro que la mansedumbre no

es una característica natural, sino una virtud que solo puede aprenderse en la escuela de Dios y ejercitarse por la fe. ¡Cuántas disputas habríamos evitado si hubiéramos respondido entre nosotros con más mansedumbre! (Proverbios 15:1).

Paciencia

La paciencia, en el pasaje que estamos considerando, hace referencia a la longanimidad. Tomemos de nuevo ejemplo de Dios mismo. Él es paciente (1 Pedro 3:20). También lo es nuestro Señor Jesús (2 Pedro 3:15). Él dio prueba de ello cuando estuvo aquí en la tierra. La paciencia es parte del fruto del Espíritu (Gálatas 5:22). La palabra longanimidad significa realmente: «capacidad de soportar con perseverancia las adversidades». Tiene que ver con la espera y la paciencia. Ser humilde y ser manso no son atributos que se muestren ocasionalmente, aquí y allá, sino que deben ser rasgos constantes. El que es paciente y sufrido demuestra una especie de resistencia y perseverancia. No se enfada fácilmente, sino que está dispuesto a soportar a los demás con amor.

Soportarse unos a otros

La paciencia nos lleva a esto. Soportar al otro no solo significa estar dispuesto a sobrellevar sus

cargas, sino también a aceptar sus debilidades. Esto es exactamente lo que el Señor Jesús hizo con sus discípulos. Ellos tenían muchos defectos, pero él estaba dispuesto a aguantarlos. Puede que incluso debamos tolerar a nuestro propio hermano si se ha convertido en una carga para los demás. Y no debemos olvidar que Pablo dice: “soportándoos **unos a otros**” (v. 13). No va en «un solo sentido». Hoy puedo ser yo quien deba hacerlo; mañana puedo ser yo quien deba ser soportado por los demás.

Perdonarse unos a otros

Pablo continúa diciendo: “si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros” (v. 13). Quizá sea el más difícil de sus mandatos. Supongamos que mi hermano o hermana hayan pecado contra mí; entonces pensemos: ¿Cómo reaccionó nuestro Señor cuando fue crucificado en aquella cruz vergonzosa y cruel? Él oró por sus enemigos, “Padre, perdónalos” (Lucas 23:34). Él da el ejemplo a seguir. Por lo tanto, nuestro estándar es: ¡“de la manera que Cristo [nos] perdonó”! ¿Y de qué manera nos ha perdonado? En primer lugar, lo hizo **completamente**. En segundo lugar, lo hizo **inmediatamente**. En tercer lugar, lo hizo **voluntariamente**, desde lo más profundo de su

corazón. Lamentablemente, a veces pecamos unos contra otros. En ese caso deberíamos estar dispuestos a confesar (si somos nosotros los que hemos pecado) y a perdonar (si es el otro el que ha pecado). Perdonar significa conceder la gracia de remitir una falta. Por tanto, el que perdona ejerce la gracia, y el que es perdonado recibe esa gracia.

Amor, el vínculo perfecto

A todos estos rasgos todavía hay algo que añadir: el amor. El amor necesita una razón, y la razón no se encuentra en nosotros, sino en Dios. Juan dice: “Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros” (1 Juan 4:11). Si examino a mis hermanos con el ojo natural, siempre encontraré algo en ellos que me impedirá mostrarles mi afecto. Pero no hay necesidad de encontrar un motivo. Puesto que el amor de Dios ha sido derramado en mi corazón, puedo amar al otro sin encontrar una razón en él o ella para hacerlo. El amor es el vínculo perfecto. El amor no lo es todo, pero sin amor, todo es nada.

Los primeros versículos de 1 Corintios 13 dejan claro que debemos añadir amor a todo. Podríamos demostrar grandezas a los ojos de los demás —hablar lenguas humanas y angélicas, tener profecía, entender todos los misterios y toda

ciencia, tener toda la fe y repartir todos nuestros bienes para dar de comer, e incluso entregar nuestros cuerpos por los demás— pero si se hace sin amor, de nada aprovecha. Podemos llevar todas estas fabulosas prendas del armario cristiano, pero no servirán de nada, ni nadie saldrá beneficiado, si no tenemos amor. Por lo tanto, animémonos unos a otros no solo a expresar estos maravillosos rasgos de carácter, sino a añadir amor a todos ellos mientras lo hacemos.

E.-A. Bremicker

Cuando Dios elige

Dios es soberano

“Por tu ordenación subsisten todas las cosas hasta hoy, pues todas ellas te sirven” (Salmo 119:91). “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová” (Isaías 55:8).

Dios actúa como quiere, cuando quiere, y utiliza a quien quiere para cumplir lo que se propone. La Palabra de Dios contiene ejemplos notables de personas que la razón

humana no habría elegido, pero que Dios emplea para cumplir su voluntad.

La hija del faraón (Éxodo 2:5-10)

Pensemos en los sentimientos de la madre de Moisés obligada a ¡abandonar a su hijo a los caprichos de las aguas del Nilo! No cabe la menor duda que una ardiente oración se elevó del corazón de esta mujer. Dios va a responder a la fe de Jocabed, pero tal vez no como ella lo esperaba. Él elige un instrumento en el cual nadie pensaba: la propia hija del faraón. ¡Qué estupor para María, hermana de Moisés, ver llegar allí a la princesa, hija del enemigo declarado del pueblo hebreo! Viene precisamente al lugar donde su madre depositó la arquilla de juncos protegiendo a su pequeño hermano. Dios inclina su corazón a lo que le agrada (Proverbios 21:1): ella será el instrumento de la liberación del niño.

En el mismo palacio del hombre que pronunció el decreto que debería haber matado a Moisés en las aguas del Nilo, ¡Dios da protección al que ha elegido para liberar a su pueblo! La princesa deseó tener a Moisés para ella (v. 9-10), pero Dios decidió que este niño sería para él. Todo el poder de Egipto no le impedirá hacer lo que se propuso.

Balaam (Números 22-24)

En estos capítulos, Dios revela una escena muy notable, enmarcada por quejas y recriminaciones del pueblo de Israel (21:4-6) y por la fornicación idólatra a la cual se entregó el mismo con las hijas de Moab (cap. 25).

¿No ha llegado el momento de que Dios se deshaga de un pueblo que hizo todo para merecer su maldición y juicio? Dos terribles personajes entran en acción: Balac y Balaam. Con motivos diferentes, el uno y el otro tienen la misma idea: ¡maldecir al pueblo de Israel! Pero Dios permanece soberano y sus promesas son sin arrepentimiento (23:19; Romanos 11:29). No solamente no quiere escuchar a Balaam (Deuteronomio 23:5), sino que cambia la maldición por una bendición total e incondicional. Hasta utiliza a Balaam, quien estaba muy deseoso de maldecir al pueblo de Dios. Este hombre está obligado a decir que no hay encantamiento o adivinación contra Israel (Números 23:23). Esta bendición es una imagen de lo que poseemos en Cristo. La que nos adquirió por su obra en la cruz no puede ponerse en duda por nuestros pasos vacilantes o nuestras faltas.

Mucho más tarde el Señor dirá a los fariseos: “Os digo que, si éstos callaran, las piedras clamarían”

(Lucas 19:40). Hacer clamar a las piedras ciertamente es un gran milagro. Sin embargo, una piedra es inerte y sin voluntad propia, mientras que Balaam tenía una voluntad opuesta a la de Dios. ¡Qué milagro que tal bendición fuera pronunciada por el propio enemigo!

Un hombre que cuenta un sueño (Jueces 7:9-15)

Progresivamente Dios fue fortificando la fe de Gedeón, con el fin de combatir contra Madián y Amalec, opresores de Israel (cap. 6). La noche anterior al día decisivo, Dios lo invita a descender al campamento enemigo con Fura, su joven ayudante (v. 9-10). Gedeón podría ser tentado en comparar los pocos soldados que dejó en la montaña con el inmenso ejército que se extendía en el valle (v. 12). Dios conoce la fragilidad de su fe, como conoce la nuestra también, y le va a dar un gran aliento. Para esto va a utilizar a un enemigo y no el criado de Gedeón o alguien de sus hombres. Dios hace tener un sueño a un madianita y compartirlo con su compañero en el momento preciso en que Gedeón está cerca para oírlo. Aún más: Dios no permite que Gedeón interprete el sueño, sino que el oyente del madianita, a quien conta el sueño, dé en nombre de Dios el significado del pan de cebada que rodaba.

Comprendemos que Gedeón se prosterne delante de Dios. Él que dirigió al enemigo a comunicarle un tan grande estímulo ¿no tiene su soberana mano sobre la batalla y en consecuencia sobre la victoria?

Los enemigos de Jonatán

(1 Samuel 14:1-15)

La fe de Jonatán brilla a lo largo de este capítulo. Su inteligencia sobre los pensamientos divinos contrasta con la religiosidad sin vida de Saúl, su padre. Dependiente, no duda que Dios puede indicarle la conducta a seguir utilizando los mismos enemigos: “Si nos dijeren así: Subid a nosotros, entonces subiremos, porque Jehová los ha entregado en nuestra mano” (v. 10).

Sin sospechar que eran instrumentos en la mano de Dios, los filisteos responden: “Subid a nosotros, y os haremos saber una cosa” (v. 12). Por la boca de los enemigos, Dios responde a la fe de Jonatán y de su compañero. ¡La victoria no tarda en llegar!

El fin del relato abraza nuestro corazón (v. 35-46). La palabra sin sentido de Saúl (v. 24) pone a Jonatán frente a la muerte. En contraste con la muchedumbre que clamará que Jesús sea crucificado (Juan 19:15), el pueblo pide con unanimidad la liberación de Jonatán.

Saúl (1 Samuel 19:19-24)

Dios puso de lado a Saúl por su impaciencia carnal (1 Samuel 13:13-14) y su desobediencia (15:10-23). Pero va a mostrar su poder en este hombre, aunque él manifestó su oposición a Dios.

Saúl intenta deshacerse de David. Sabiendo que se refugió junto a Samuel, envía mensajeros para apresarlos; y termina yendo él mismo. A pesar de las tristes disposiciones interiores del rey, el Espíritu de Dios viene sobre él siendo obligado a profetizar. Despojado de sus vestidos, queda así todo el día y toda la noche. Es así como Dios muestra que puede actuar sobre el hombre más opuesto y obligar su voluntad a someterse a la suya. ¡Qué testimonio del poder divino!

Una mujer viuda (1 Reyes 17)

En tiempos de Acab, el hambre pesa sobre el reino de Israel. Pero en medio de la prueba, el profeta Elías es nutrido junto al arroyo de Querit. Dios no olvida a los suyos y toma cuidado de cada uno de ellos. Sin embargo ¡el arroyo se seca! Tal vez a Elías le vinieron estas preguntas: ¿No es Dios capaz de hacer que el arroyo corra todo el tiempo que dura la prueba? ¿Son limitados los recursos divinos? ¿Qué será de mí, que no me atrevo

andar libremente en Israel ya que Acab busca mi vida?

A menudo razonamos así también, sin discernir el conjunto del plan de Dios.

La orden que Dios da a Elías es sorprendente: “Levántate, vete a Sarepta de Sidón... he aquí yo he dado orden allí a una mujer viuda que te sustente” (v. 9). Una viuda era generalmente una persona pobre en ese tiempo. Su marido ya no estaba para trabajar y proveer para el sustento del hogar; por eso se encontraba reducida a la pobreza. Sin embargo, esta viuda es el instrumento que la sabiduría de Dios elige para nutrir al profeta. Pero más allá de este socorro material, ¡qué bendición que Dios otorga a esta mujer de las naciones a través de la resurrección de su hijo! Por el profeta ella aprende a conocer mejor a Dios mismo. ¿No es la meta de todas nuestras pruebas? Crecer en el conocimiento de Aquel que nos las dispensa.

Sobre el plan profético, aquí vemos el endurecimiento del pueblo de Israel bajo la disciplina de Dios abriendo la bendición a las naciones ajenas a las promesas (Lucas 4:25-26).

Caifás (Juan 11:49-52)

Este hombre es el sumo sacerdote que preside el concilio ese año

y que condena a Jesús. Muestra una oposición a Cristo, violenta y ciega.

Sin embargo, en una sesión precedente del tribunal judío, Caifás se opone a los demás sacerdotes y fariseos al profetizar que Jesús va a “morir por la nación” de Israel (v. 51). La profecía que anuncia va más allá de lo que él es consciente. Abarca mucho más que Israel. Anuncia la bendición universal que la cruz de Cristo traerá al reunir “los hijos de Dios que estaban dispersos” (v. 52). ¿Quién hubiese pensado en Caifás para pronunciar esta profecía de tan gran alcance?

Pilato (Juan 19:19-22)

Podríamos hablar por mucho tiempo sobre los motivos que llevaron a Pilato a poner un título, escrito en tres idiomas: en hebreo (idioma religioso), griego (idioma cultural), y latín (idioma político): “JESÚS... REY DE LOS JUDÍOS” (v. 19), y colocarlo sobre la cruz.

Lo que es seguro es que Dios quiso que haya un testimonio escrito con respecto a la identidad de Aquel que era crucificado. Muchos pudieron leer este escrito. Solo Dios sabe si esta inscripción pudo tocar la conciencia de algún judío que pasaba por allí. Su rey estaba sobre una cruz y no sobre un trono. Esto atestiguaba el rechazo completo de su Mesías.

Conocemos a Pilato como un hombre inclinado a satisfacer la muchedumbre (v. 15-16). Sin embargo, a pesar de los pedidos insistentes de los principales sacerdotes, rechaza modificar el título puesto en la cruz: “Lo que he escrito, he escrito” (v. 22). ¡Qué poder muestra Dios al usar incluso a un Pilato, sin su conocimiento, para cumplir lo que se propuso!

El malhechor arrepentido (Lucas 23:39-43)

Si a pesar de su maldad Pilato dio un testimonio escrito, Dios también quería que un testimonio oral de la perfección de Cristo sea proclamado en la cruz. Para ello, no se valió de un discípulo, ni siquiera de un religioso en el que se pudiera confiar. Soberanamente, abre la boca de un malhechor para declarar que ese crucificado no hizo ningún mal (v. 41). Sin duda que este condenado nunca fue instruido en la ley. Tal vez nunca encontró Aquel que ahora es crucificado al lado de él. Pero el poder divino lo escoge para declarar lo que debía decir en este momento único.

Hay una diferencia importante entre Pilato y ese malhechor. Pilato no adquiere ningún beneficio por su actuar. Hace su escrito, pero su corazón no se conmueve. Impulsado por fuerza divina, actúa como un instrumento sin inteligencia, hasta, tal

vez, teniendo en él mismo el deseo de contrariar a los judíos a quienes desprecia. Por el contrario, las palabras que atestiguan la perfección de Cristo brotan del corazón trabajado del malhechor arrepentido. A pesar de los sufrimientos indescriptibles de la cruz, el Señor colma la fe de este hombre: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (v. 43).

Un centurión Romano (Mateo 27:54)

Sin duda que el centurión tampoco conoció a Jesús antes de ser designado para supervisar su ejecución. Dios quería que la divinidad de Cristo fuese certificada aun cuando acababa de ser “crucificado en debilidad” (2 Corintios 13:4).

Si el malhechor habló de lo que Jesús había hecho, en contraste con sus propias fechorías, el centurión, hombre de las naciones, dice: “Verdaderamente éste era Hijo de Dios”. Era lo que los sacerdotes dieron como motivo para condenar a Jesús (Mateo 26:64-65). Ahora muerto, Dios reafirma su divinidad utilizando en su sabiduría un instrumento que, humanamente, parece poco apropiado.

Saulo de Tarso (Hechos 9)

El Señor quería dar a su Iglesia naciente un siervo con una misión

excepcional. ¿A quién va a elegir? ¿Pedro, Santiago, Juan o Bernabé? Aquel que consintió en la muerte de Esteban y que respiraba amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, era el último en quién se pensaría. Sin embargo, es a él al que designa la soberanía divina. Es un “instrumento escogido” para llevar el nombre de Jesús delante de “gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel” (v. 15).

Los discípulos en Damasco sabían que Saulo venía para perseguirlos (v. 14), ¡y seguramente que pedían a Dios que se lo impidiera! Dios responderá mucho más de lo que pensaban: temían la llegada de un perseguidor implacable; pero Él les envía un “hermano” (v. 17).

Pecadores perdidos, se convierten en adoradores

“Este pueblo he creado para mí; mis alabanzas publicará” (Isaías 43:21).

Y para terminar, ¿qué decir de la elección soberana de Dios para constituirse una familia de adoradores? ¿Había criaturas más alejadas de él que esos hombres perdidos para publicar su alabanza y contar las cosas magníficas que le conciernen? La Palabra declara sobre ellos: “Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo

de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura” (Romanos 3:13-14). Estos mismos hombres confirmaron las palabras del salmista que Pablo cita en esta epístola cuando reclamaron unánimes con grandes gritos la muerte del Señor de gloria. Sin embargo, es de entre estos hombres que el Dios soberano saca un pueblo para sí mismo y hace de ellos un pueblo de adoradores.

“¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Romanos 11:33-36).

B. Durst

He aquí el Cordero de Dios, que
quita el pecado del mundo.

Juan 1:29

Quédate conmigo, no temas... pues
conmigo estarás a salvo.

1 Samuel 22:23

Jehová proveerá.

Génesis 22:8

De la manera que Cristo os perdonó,
así también hacedlo vosotros. Y
sobre todas estas cosas vestíos de
amor, que es el vínculo perfecto.

Colosenses 3:13-14

De él, y por él, y para él, son todas
las cosas. A él sea la gloria por los
siglos. Amén.

Romanos 11:36

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los **20 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2022-23. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 10 \$ EE. UU. 10 EUR 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago:

- PayPal: Usar el siguiente enlace: [PayPal.Me/paralarevistacreced](https://www.paypal.com/paralarevistacreced).
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de \$ EE. UU. o de Euro en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
